



Vaticano, Santa Marta, 11 de noviembre de 2023

*A los participantes en el encuentro entre pastores y laicos
con responsabilidades políticas en los países bolivarianos*

Queridos hermanos:

Me alegra la realización del encuentro entre obispos y católicos comprometidos en la vida pública de los países bolivarianos que tiene lugar en Bogotá del 22 al 24 de noviembre. Todos los participantes han sido invitados a escucharse y compartir a fin de descubrir convergencias y desafíos para que cada uno -desde su propia misión y contexto- pueda contribuir a la reconciliación social y a la construcción del bien común a la luz de la Encíclica “Fratelli tutti”.

Agradezco al Consejo Episcopal Latinoamericano que haya aceptado ser la sede de esta iniciativa que la Pontificia Comisión para América Latina realiza periódicamente con el fin de animar el protagonismo de los fieles laicos y de los pastores ante las situaciones sociales y políticas de nuestro tiempo.

América Latina es una región rica en historia y cultura, de honda religiosidad y con bellas experiencias de fraternidad. Nuestra “forma de ser” como latinoamericanos es una síntesis mestiza que integra y reconcilia elementos de las culturas prehispánicas y de diversas tradiciones europeas. Esta síntesis en ocasiones se realizó con violencia y en muchas otras con fraternidad. La historia de nuestros pueblos, como toda realidad humana, muestra las heridas fruto del pecado y también los efectos de la redención.

El mestizaje latinoamericano en algunas partes es étnico y en muchas partes de la región, cultural. Esta síntesis es mucho más que la “suma de las partes”. Aun en la actualidad, en la que existen potentes corrientes culturales procedentes de todas partes del mundo que influyen en América Latina, es posible detectar una originalidad que nos hermana y nos distingue de otras comunidades. Por

supuesto, la identidad latinoamericana no es una “esencia” inamovible. Como toda realidad cultural es algo dinámico que hoy requiere también de la creatividad y de los aportes de nuestra generación.

Los espacios de poder no son lo más relevante. Lo decisivo es suscitar procesos que humanicen nuestra convivencia y maduren nuestra cohesión social construyendo fraternidad. En esto, la contribución de la Iglesia es insustituible. Quienes seguimos a Jesús, sabemos que nuestra misión no es el mero activismo, sino la proclamación alegre de una buena noticia que anuncia que la mayor amistad reside en “dar la vida por los amigos” y en amar a los adversarios. Este “dar la vida”, este “amar”, en ocasiones implica sacrificios extraordinarios, como los de nuestros mártires y, en otros momentos, actos silenciosos de perdón, que también son entrega y testimonio. Esto lo hizo Jesús y nosotros no podemos más que seguir su camino tanto en la vida privada como pública.

Necesitamos personas constructoras de puentes de fraternidad, capaces de introducir la novedad de un “estilo samaritano” de hacer política. La liberación que el corazón espera y que Jesús anuncia no se construye con extremismos, con mesianismos, con descalificaciones sumarias o insultos. Mucho menos con agresiones y encono. Sólo encontraremos caminos nuevos para nuestros pueblos a partir de corazones dispuestos a hacer hasta lo imposible por dialogar con respeto, por aprender del otro (aún del adversario), por hacer de la vida política un ejercicio de *amistad social* en la que todos podamos reconocernos hermanos.

Los animo a seguir compartiendo la vida política de los pueblos latinoamericanos. Pido a nuestra Madre de Guadalupe, que concedió en su momento el milagro de la reconciliación social entre comunidades enemistadas, que interceda por Ustedes e inspire sus trabajos presentes y futuros. Les envío mi bendición para este encuentro y para sus familias. Rezo por ustedes, por favor háganlo por mí.

Fraternalmente.

Francisco